

A. — ¡Ja, ja! Se queja el bueno del autor porque nadie ha cantado a los pájaros en la forma que ellos se merecen y él les consagra un capítulo lírico con citas del derecho romano.

V. — Es una metáfora.

A. — Muy lírica quizás. . . ¿No es eso?

V. — Su lirismo está en la expresión.

A. — Y su expresión es simbolista. Los rípios allí se han dado cita y nos ofrecen una extraña melodía.

V. — Sin embargo Quiroga habla mal de todo, menos de los animales.

A. — En eso es genial.

V. — ¡Claro! Como que por eso le premió el jurado.

A. — No, amiga, fué una fácil equivocación. Envió su libro para que lo adaptasen como texto de lectura y, en cambio, lo agraciaron con diez mil baratarases.

V. — ¡Qué suertudo!

A. — Después el libro se difundirá en todo el país, porque se trata de un libro folklórico y, como Vd. sabe, hay que conservar las tradiciones con esas buenas lecturas que sirven para resucitar añejas y venerables costumbres. Luego la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares lo adquirirá y las escuelas lo instituirán como premios a los mejores alumnos.

V. — Cállese ,amiga, vea quienes vienen: don Facundo Cubas y don Facundo Oviedo, viejos amigos de Quiroga.

A. — Sí, tiene razón, callémonos, no vayan a tentarse con el premio y publiquen ellos también libros inspirados en «Los Animalitos del Diablo». Aunque, acaso, los de éstos sean menos que los del otro. . . — *María I. Cárdenas.*



LAS AVENTURAS DE LA NIÑA NEGRA QUE BUSCABA A DIOS (*)

POR BERNARD SHAW

Escritas con la característica jovialidad de Bernard Shaw —quien, no obstante sus 77 años, apenas si ha perdido el centelleante ingenio de sus más sólidas producciones— *Las aventuras de la niña negra que buscaba a Dios* vienen a encumbrar una vasta serie de obras suyas selladas todas con la misma preocupación por el problema de Dios, del Hombre y del sentido en que ambos obran. Se trata de un jugoso cuento en el que Shaw

(*) *The adventures of the black girl in her search for God.* Constable, London, 1932.

señala cómo la idea de Dios, «que es el primer esfuerzo de la humanidad civilizada para justificar la existencia, origen y propósito de todo lo que conocemos del universo», se desenvuelve a lo largo de la Biblia desde la idolatría salvaje del Pentateuco a base de ritos atroces y sacrificios sangrientos, hasta la ya bastante lúcida metafísica de Jesús, retomada y actualizada luego por la moderna ciencia y filosofía. Y como Shaw no es tratadista sino comediógrafo, ha preferido dramatizar este desfile de visiones de Dios en un relato simbólico y —¡cómo no iba a serlo!— cáustico.

El cuento refiere las peripecias de una negrita del Africa a la que cierta misionera elevó rectamente —sin pasar por las deformaciones y sofistiquerías del seudocristianismo de las iglesias— de su nativo fetichismo de tribu hasta una contemplación directa de la Biblia. Ahora bien, la Biblia no es un oráculo infalible, homogéneo y de autoridad divina, sino una humana y desordenada recopilación de diversos libros de historia, literatura, higiene, política, filosofía, leyes, teología, etc., escritos por distintos autores en distintas etapas de la cultura. Por esto, cuando la negrita se interna en la selva africana para buscar a Dios, encuentra lo mismo que podría encontrar cualquier lector moderno y desprejuiciado que penetrase en la vieja selva bíblica: es decir, no una concepción única y elevada de Dios, sino una sucesión de concepciones que se van elaborando a lo largo de la historia de un pueblo, a medida que se afina la mentalidad colectiva.

El primer Dios con que tropieza la negrita cuando sale a buscarlo, es el Señor de los Ejércitos, el Dios de Noé, la iracunda y tronante deidad del Génesis que desencadena sobre los seres vivos la muerte, las pestes y las tormentas, y cuyas furias sólo se apaciguan «con el perfume de la sangre recién derramada», «con el dulce sabor de un montón de carne quemada». Después encuentra otro Dios —el del libro de Job— que, aunque señala un gran adelanto sobre el Dios de Noé, no pasa de ser un estéril discutidor que se entretiene en hacer apuestas con el diablo para desesperar a Job. Más tarde la aventurera negrita llega hasta donde ruge el profeta Miqueas —otro de los libros de la Biblia— quien no acepta ni al Dios de Noé ni al de Job porque eleva el concepto de Dios por encima de los cruentos sacrificios y las crudas supersticiones de los primitivos textos sagrados. Pero, así y todo, Miqueas es portador de un mensaje estrecho y fatalista en el que no cabe la libertad humana. La negrita, pues, lo abandona y halla a Jesús, quien vuela mucho más alto que las teologías que le precedieron porque sugiere en sus prédicas que la divinidad es algo que se incorpora al hombre como un torrente de energía creadora que nos hermana a todos y nos exige amor y voluntad para realizar la obra de Dios. La metafísica de Jesús contiene ya atisbos que el vitalismo contemporáneo recoge y confirma. Pero ni aún en Jesús la negrita ha encontrado el Dios anhelado, y persigue su búsqueda a través de la selva. Y conoce a Voltaire y en seguida al mismo Bernard Shaw, quienes le enseñan, el primero, a renunciar a ver a Dios, y el segundo, a

trabajar para cumplir con los propósitos de la Fuerza Vital. Aquí terminan las aventuras de la niña negra que buscaba a Dios.

¿Qué es esta Fuerza Vital —o como quiera llamársela— que Shaw invoca frecuentemente en oposición a la idea de un Dios absoluto, perfecto, acabado e inaccesible?

Por no tomarla en cuenta o no darle importancia, es que multitud de críticos y lectores no pueden ver en la obra de Shaw un sistema orgánico y coherente de ideas sino una fría y paradójica yuxtaposición de pensamientos no siempre conexos. Al proceder así, esos críticos y lectores, adoptan la superficial posición del observador advenedizo que por mirar las cosas desde fuera, sin simpatía y sin imaginación, sólo alcanza a ver lo aparente, lo exterior, pero se les oculta el íntimo, original e indivisible fluir del espíritu. Y es natural que, en tal postura, la vasta obra shaviana se les aparezca como un edificio de formas confusas y complicadísimas, inspirado por múltiples estilos, construido laboriosamente con los residuos de las filosofías más contrapuestas, y erizado de contradicciones y pensamientos inextricables. Y el juicio, claro, surge implacable: Bernard Shaw es un bufón de talento cuyas chuscadas contienen sagaces observaciones, pero al que no sólo no se puede considerar filósofo sino que ni siquiera es bueno tomarlo en serio.

No es ahora el momento de analizar si puede darse categoría de filósofo a un pensador que ha diluido su visión de la realidad en innumerables comedias y ensayos casi periodísticos, o si el título de filósofo es privativo de los especialistas en filosofía que han arquitecturado sus sistemas en tratados rigurosamente filosóficos. Como quiera que sea, es interesante recordar que Platón desarrolló su idealismo en comedias llamadas «Diálogos», y que Sócrates figura en las historias de la Filosofía no obstante no haber escrito ni una sola línea. Pero aunque se niegue el título de filósofo a Bernard Shaw no es posible negarle que a lo largo de su obra ha desenvuelto un sistema filosófico integral y moderno en el cual convergen las inquietudes más características de la época. Shaw tiene una Metafísica —la Fuerza Vital— de la que se derivan armoniosamente todas sus ideas religiosas, biológicas, sociales, pedagógicas, políticas, éticas y económicas, ideas que suelen desconcertar a los que las toman sin remontarse a la fuente original.

Como esta metafísica no ha sido formulada en todos sus libros, cabe distinguir, desde el punto de vista del misticismo de Shaw, dos períodos que, para esquematizar, podemos separar con una fecha cismática: 1900. Hasta *Hombre y Superhombre* (1901) Shaw fué autor de comedias de costumbres, antirrománticas y de tesis. Sus asuntos fueron la repugnante voracidad de los propietarios de los barrios bajos (*Non Olet*), el falso amor libre (*Fascinación*), la prostitución (*Trata de blancas*), el militarismo (*Heroes*), el conflicto entre dos visiones del mundo, una alta pero vaga, otra clara pero miope (*Cándida*), la historia (*Los despachos de Napoleón*), el matrimonio y la educación de los niños (*Lucha de sexos*),

el genio político (*César y Cleopatra*) y diez temas más concernientes a aspectos de la vida social y enfocados todos con el lente de una despiadada crítica realista. Pero con *Hombre y Superhombre* la trayectoria de Shaw se vuelve más intensa y luminosa y entra en una atmósfera de misticismo de la que resultan enriquecidas y vigorizadas sus convicciones socialistas. En *Hombre y Superhombre*, Shaw propone una metafísica, la Evolución Creadora, a la que proclama religión del siglo. Y esta posición ha de ser desarrollada en todas sus obras posteriores pero, especialmente, en *Androcles y el León*, *Volviendo a Matusalén*, *Santa Juana* y ahora en *Las aventuras de la niña negra que buscaba a Dios*.

La concepción metafísica de la Evolución Creadora, que Shaw la convierte en religión por la intensidad con que la vive, consiste en postular la existencia no de Dios sino de una Fuerza Vital —el «elan vital» bergsonianiano— que es un torrente de energía que se ha infiltrado en la materia y, con un impulso de incesante creación, trabaja constantemente en la elaboración de nuevas formas de vida cada vez más altas y conscientes. El hombre es una de estas formas de vida que ha de triunfar a condición de servir a los propósitos de la Evolución en vez de burlarlos con mezquinas miras personales. Si el hombre no obra en el sentido de esa fuerza más vasta que él, será barrido por un nuevo experimento del impulso creador, y sobre el planeta se erguirá la gallarda y genial figura de un nuevo ser superior. De esta metabiología se van desprendiendo: una religión —«la civilización necesita una religión creíble, que dé a la humanidad fe en un universo con sentido y propósito dentro del cual todos somos responsables»; una ética —«lo moral es ponerse al servicio de esa fuerza vital que quiere adquirir conciencia de sí misma mediante la elaboración de sesos eficientes»; una pedagogía —«formar hombres sanos y de mentes claras que sepan el lugar que ocupan en el cosmos para así cumplir limpiamente sus deberes»; una doctrina política —«es preciso crear, antes que sea tarde, un régimen socialista que, por estar basado en la justicia y en la inteligencia, permitirá a los hombres servir dignamente a los altos propósitos de la Evolución Creadora».

Estas direcciones del pensamiento shaviano han hallado cuerpo en comedias, prefacios, ensayos, notas y estudios, tan exuberantes de fantasía, de humor y de traviesas paradojas, que a menudo la visión del mundo original de Shaw resulta inasequible para el lector desprevenido. Con motivo de la publicación de *Las aventuras de la niña negra que buscaba a Dios*, yo he querido, en esta apresurada nota bibliográfica, dar algunas ideas-claves que puedan servir como guías. —Anderson Imbert.